



Santiago Rodríguez Royo (Sant Martí)

ÉXODO. De París a Limoges.

Cuando empezó la Segunda Guerra Mundial, en el año 1939, yo vivía en París porque mi padre fue un emigrante en el año 1923, cuando yo tenía tan sólo seis meses de edad.

En la primavera del año 40, los alemanes entraron en París y yo me quedé sin poder continuar mis estudios, porque la universidad cerró sus puertas y dejaron de actuar.

Empezó a correr el rumor de que Hitler había ordenado quemar París, por lo que los generales alemanes que mandaban en la capital dieron permiso para que cualquier familia que quisiera, se refugiase en el sur de Francia.

La fábrica donde trabajaba mi padre organizó una caravana de camiones para que todos los empleados y sus familiares pudiesen desplazarse hasta Limoges, ciudad situada a unos 600 kilómetros de París.

Yo me acuerdo que el mismo día en que teníamos que embarcarnos en los camiones, a las puertas de la fábrica, durante el trayecto que hicimos mis padres, mi hermana y yo desde Père Lachaise hasta la Porte des Lilas, nos cruzamos con un regimiento de zapadores alemanes en formación, andando y cantando. Y esto era muy diferente de los desfiles que cada año podíamos ver en fechas determinadas bajo el Arco de Triunfo...

La escena de una invasión es traumática para la gente humilde y trabajadora, y el único deseo que siente cualquiera es alejarse lo más posible de este caos, temiendo lo peor.

Salimos de París por la mañana, y al llegar al límite de la ciudad, donde empezaba la conexión con la carretera general, me quedé atónito de ver el caos originado en la carretera. Hoy día, aun cuando veo por la tele los éxodos que actualmente están padeciendo muchos pueblos de otros continentes, recuerdo lo mal que lo pasamos durante tres días.

Éramos unas 25 o 30 personas (cinco o seis familias) en el camión, y todos habíamos salido de casa con lo imprescindible para vestarnos y asearnos, y convencidos de que por la noche llegaríamos a cualquier pueblo o ciudad donde podríamos cenar y descansar para, al día siguiente, seguir el viaje hasta Limoges.



Pero la noche del primer día apenas habíamos recorrido 20 kilómetros y el chófer del camión, agotado, introdujo el vehículo en un bosque y allí pasamos la noche, cada uno como pudo.

Teníamos mantas y, envueltos en ellas, procuramos descansar sobre el duro suelo. Recuerdo que mi hermana y yo dormimos bien, pero mis padres sufrieron física y moralmente.

Al amanecer, el chófer nos llamó y, de nuevo, por la carretera entre coches, camiones, caballos, bicicletas, motos, y toda clase de vehículos cargados a tope, pero todos a paso de entierro. Cuando un vehículo se paraba, se echaba fuera de la carretera, a pesar del desespero de sus ocupantes, que quedaban abandonados.

El hambre empezaba a ser un problema. Recuerdo que a mi madre, en el último instante de nuestra salida de casa, se le ocurrió coger un trozo de pan y una lata de sardinas, y es lo único que tuvimos para comer aquella mañana. Cuando pasábamos por algún pueblo, yo aprovechaba la lentitud del tránsito para bajar del camión y llamar a las puertas, que nadie abría. Y si alguna persona asomaba la cabeza, yo pasé por el trago de pedir limosna: un trozo de pan para mi hermana, y lo conseguí, pero entonces comprendí lo duro que debe de ser para las personas que se vean obligadas a pedir limosna, sea por lo que fuera.

No sabe nadie lo orgullosos que me sentí cuando volví al camión y le di a mi hermana el pedazo de pan que había conseguido.

Al mediodía la carretera estaba un poco más despejada y llegamos a un pueblo más importante que los anteriores, y corrió el rumor de que una panadería despachaba. Mi padre bajó del camión en busca de dicha panadería y lo perdimos de vista. Estábamos ansiosos porque el camión, poco a poco, aumentaba la velocidad, hasta que vimos a mi padre, que venía corriendo con dos grandes panes bajo el brazo. Pero el camión seguía aumentando la velocidad, y nosotros gritando a más no poder, pero el chófer no nos oía. Mi padre, en un último esfuerzo, logró tirar los panes entre nosotros y, cogiéndose fuerte, logró subir, sin aliento, pero sano y salvo.

Al cabo de dos o tres horas llegamos a Orleáns, ciudad muy importante a orillas del Río Loire, a unos 300 kilómetros de París. Allí, el chófer, que conocía muy bien la ciudad, nos llevó hasta un restaurante que ya estaba a tope de gente, pero donde se comprometieron a darnos algo de comer, aunque no tenían otra cosa más que guisantes y tortillas a la francesa. A mí no me gustaban los guisantes, y mi hermana no podía ver las tortillas, pero tanto ella como yo comimos de todo y muy a gusto, aunque poca cantidad, porque ya escaseaba e iba llegando mucha gente hambrienta.

Cuando estábamos todos muy aliviados y parecía que a partir de ese momento todo saldría mejor, los soldados del ejército francés nos comunicaron que los



alemanes iban acercándose y que, si queríamos llegar a Limoges, teníamos que pasar por los puentes del río, porque iban a dinamitarlos.

Y volvimos a la carretera, otra vez saturada, sobre todo porque teníamos que dejar el lado izquierdo de la carretera libre para que el ejército francés circulara por allí.

En un momento dado, la circulación se paró del todo y, por encima nuestro, empezaron a pasar unos cazas alemanes a ras del suelo, y al poco rato oímos tiros de ametralladoras. Todo el mundo corriendo a refugiarse bajo los árboles; nosotros en la cuneta, y pasamos largos ratos asustados, hasta que dejamos de oír los tiros, y poco a poco reanudamos el calvario.

La segunda noche la pasamos en pleno campo, alejados de la carretera. Había montones de alfalfa seca, que nos sirvió de cama y, al amanecer, el chófer iba de un lado para otro buscando los que aún dormían bajo la alfalfa.

Y de nuevo por la carretera, y cazas alemanes sobrevolando la carretera y corredizas de la gente para esconderse.

Sucios, sin podernos cambiar de ropa, aprovechamos los riachuelos para lavarnos un poco, y la tercera noche pudimos refugiarnos en una buhardilla llena de paja.

Al día siguiente, finalmente llegamos a Limoges, situada detrás de la línea de demarcación señalada por los alemanes, limitando la zona norte ocupada y la del sur, libre.

Estuvimos tres meses en un colegio mantenido por la fábrica, y no faltó el sueldo íntegro a todos los empleados durante todo este tiempo.

Entonces, los alemanes autorizaron el retorno a todos los refugiados a su domicilio, encargándose de todos los trámites por F.F.C.C.

En París todo estaba en orden. La fábrica volvió a funcionar bajo el mando alemán. Yo estuve un tiempo en las oficinas de la sección técnica, ya que no había clases, y a principio del 41 volvimos a España.

Al llegar aquí, quedamos enormemente defraudados por los familiares. Creían que estábamos en una situación insostenible y nos decían que aquí estaríamos mejor, pero nos encontramos con un ambiente tan diferente que nos costó muchísimo adaptarnos a la tristeza y a las penurias de Barcelona.

En París, durante la ocupación alemana, había un cierto racionamiento, pero podíamos obtener de todo en más o menos cantidad. El pan, la leche, la mantequilla, etc. no faltaban. La carne estaba algo racionada, pero yo recuerdo comer carne a menudo.



En cambio, en Barcelona no había nada. Todo estaba racionado. El pan era un asco y... bueno, no acabaría nunca.

Lo más terrible e insoportable era el trato de las autoridades: la prohibición de hablar catalán, en el cine obligando a levantarse y tender el brazo cuando tocaban el himno nacional, y esto durante años y años.

Cuando la ocupación alemana en París, los soldados alemanes se comportaban disciplinadamente. Ahora bien, en mi barrio, hubo un atraco de frente de la resistencia. Al día siguiente, la milicia alemana convocó a una serie de obreros franceses y les obligaron a vigilar ciertas calles del barrio día y noche durante una semana, y les hicieron responsables de lo que pudiera pasar. En caso de que ocurriera algo, serían fusilados.

Aquí termino, porque es tarde y estoy cansado.

Santiago Rodríguez Royo (Sant Martí)